

Rabanito Pereyra, el campeón

—Andá a jugar al fútbol —le insistía el papá.

—O a las bolitas —sugería la mamá.

Pero, desde que a Rabanito Pereyra le habían regalado la pelotita de tenis, lo único que quería era jugar al tenis. Y aunque sabía que en su casa no había plata para raquetas, cuando a Rabanito se le metía algo en la cabeza, agarrate.

El asunto es que una noche puso en marcha su plan.


Esperó a que todos se durmieran, salió de la cama con movimientos de pluma y caminó en puntas de pie hasta la parte de la pieza que se usaba de cocina. Encontró lo que buscaba, lo guardó en la mochila y se volvió a dormir.

Al día siguiente, cuando la mamá de Rabanito empezó a preparar el guiso, descubrió que le faltaba algo. Comida no —esa vez—, pero sí un elemento de cocina.

—Qué raro —pensó. Y se arregló igual con la olla.

Cuando el almuerzo estuvo listo, llamó a todos a comer. Y todos se acomodaron alrededor de la mesa, menos uno: Rabanito.





—Dónde se habrá metido... —se quejaba la madre. Y como pasaron varias horas sin que el chico volviera, la familia y los vecinos salieron a buscarlo.

—¿No vieron a Rabanito? —iban preguntando—.
¿Nadie vio a Rabanito?

Y así siguieron caminando hasta el final del barrio. Adonde solo quedaba un paredón.

Lo encontraron concentradísimo practicando contra el muro. La pelota iba y venía cada vez que Rabanito le acertaba un sartenazo. Y aunque no fue la raqueta ideal para entrenarse, hoy mientras recibe la gran copa, todo el barrio recuerda esa tarde.

Silvia Schujer, en *El astronauta de mi barrio y otros oficios*, Buenos Aires, Loqueleo, 2021.